

INTRODUCCIÓN

Este trabajo, sobre los poetas de la segunda mitad del siglo xx en Chile y en España, es un intento de aproximación a un tema mayor que incluye las relaciones de los mismos con la vanguardia en términos de ruptura o continuidad, tradición o antitradición, poesía popular, poesía social o poesía de élites. Del mismo modo, es importante relevar su carácter neovanguardista, así como sus relaciones con el proceso de la modernidad, a la que estos poetas ven fundamentalmente como una instalación depredadora del capitalismo y de la racionalidad burguesa.

Tanto la poesía española como la hispanoamericana que se desarrollan a partir de los años cincuenta, se caracterizan por una compleja gama de repertorios estéticos asimilados corrientemente con el rótulo de “neovanguardia”, pero cuya producción se expande en un amplio abanico de posibilidades que incluye rasgos y características grupales e individuales de distinto tenor. De más está decir que aquí dejamos de lado el problema del valor y de la calidad poética de unos y otros. A nuestro juicio, estos poetas presentan una marca estética específica difícil de equiparar, pero nos interesan más

las posiciones críticas que los poetas del momento presentan frente a la tradición anterior y que se cumple en forma parecida en ambos casos.

Los poetas de los años cincuenta en Chile y España, como ya se ha señalado en otros trabajos (Nómez 2006, Salvador 2003), al resignificar la modernidad en crisis, también establecen una relación crítica con las vanguardias, las cuales se articularon en forma contradictoria con los procesos de cambio que vivieron a comienzos del siglo xx. Su repliegue discursivo frente a los cánticos trascendentes de la vanguardia, se despliega a la vez como una intensa necesidad de comunicación con el mundo, lo que en el caso chileno se concentra en los llamados “poetas de la claridad” y en el caso español, en la poesía testimonial.

A partir de los cincuenta, hay ciertas similitudes en la intencionalidad poética de algunos autores de ambos países, como es el caso de un posvanguardismo anclado en una escritura y una temática contestataria; la presentación de un sujeto escindido entre un origen al que se busca volver (sea la infancia, sea el origen de la historia, sea el mundo rural) y un mundo urbano dentro del cual el sujeto se siente excluido y fragmentado; la construcción de un sujeto marginal, enmascarado en múltiples representaciones o disfraces; la negación crítica de la modernidad como epifanía del progreso y de la técnica y la producción de una escritura irónica, exteriorista, coloquial y muchas veces hibridada. Todo ello sin dejar de lado ciertas líneas escriturales que en ambos países mantienen lenguajes continuistas, ya sea con las vanguardias, ya sea con las descripciones naturalistas del campo o la ciudad o, ya sea, con la poesía intimista y la tradición clásica.

No obstante, hay diferencias en la manera de enfrentar la tradición literaria y cultural que tienen los poetas de ambos países, por las obvias distinciones de contexto económico, histórico, político, social y cultural, que en el caso español se complejiza en cada región; en los años sesenta se continúan

las líneas principales de la década anterior, aunque los poetas se vinculan artísticamente con las diferentes promociones que les preceden. En este sentido, reciclan ciertas características comunes que provienen de la tradición, como es la reinvención de la memoria, la temática de la transitoriedad de la vida o de la búsqueda de una felicidad y un placer que se diluyen en un presente efímero; una creencia más escéptica en las utopías del futuro y una separación cada vez más creciente con respecto a los valores de la sociedad que habitan. También se establecen agrupaciones, publicaciones con planteamientos estéticos comunes y una profundización en las hablas coloquiales, el argot de la calle, los eslóganes publicitarios y los mensajes de los medios de comunicación. En los escritos más relevantes del momento, opera el autocuestionamiento del sujeto que indaga en los límites de su posibilidad de afirmación y fragmentación y que intenta representar la realidad en las antípodas de su propio decir. Este cuestionamiento que tacha al sujeto, al mismo tiempo que explora y ausculta en las profundidades de su ser, abre y cierra escenarios discursivos que se entroncan con la tradición anterior, pero que también la cuestionan de forma irreversible, cuestionamiento que se amplía a la voluntad de conocimiento que la soporta y revela. Mientras, por un lado, la poesía de este período señala una ruptura radical con las vanguardias de comienzos del siglo xx, por el otro afirma una línea de continuidad con el proceso moderno a través de representaciones que lo exaltan o critican, aunque sin dejar de auscultar la forma en que su desarrollo ha afectado la interioridad humana. En los poemas, aflora más que nunca la incomunicación y la alienación del mundo urbano, la enajenación del trabajo que se transforma también en enajenación del discurso, o el ensamblaje de la fábrica que es asimismo el ensamblaje desgarrado del lenguaje. En muchos casos, el sujeto se constituye en una especie de esquizofrénico social y su discurso se evapora en el lugar más nimio e insignificante de la sociedad. De algún modo, lo que viene

después, aunque sea negado por muchos poetas, tiene su origen cultural y su base escritural en los discursos literarios de los cincuenta y los sesenta.